

de Madagascar, ó las que, situadas en islas, en sinuosidades de los ríos ó en las lenguas de tierra, encontramos en todos aquellos puntos en los cuales han fijado su residencia poblaciones de mucha densidad. Pero basta echar una ojeada sobre las ciudades para ver evidenciada la causa de abrigo ó de defensa.

Como el emplazamiento de la mayor parte de lugares habitables se verifica en un período en que se inicia la difusión de una población densa y en que subsiste todavía ó se recuerda perfectamente el peligro de los ataques del enemigo, encuéntrase con frecuencia muy marcado el carácter defensivo del lugar: recuérdese, sino, que casi todas las más antiguas ciudades de Grecia y de Italia estaban situadas sobre ó junto á colinas ó montañas, y recuérdese, también, que la mayor parte de las ciudades comerciales estaban levantadas en islas, unidas más tarde con el continente, como Tiro y Berbera. La agrupación puede, finalmente, revestir formas extremadas, como sucede en aquellas residencias, ora en forma de cuevas, ora en forma de castillos, de los indios del Sudoeste de la América del Norte, que encierran en un espacio reducidísimo un número considerable de habitantes, y á las cuales se llega ó por medio de una sola escalera labrada en la roca ó de una escalera de mano que los de arriba echan á los de abajo.

Como tercer fundamento, nos encontramos con la comunidad de intereses en el trabajo, comunidad que señala Justus Möser en su obra *Historias de Osnabruck*, cuando dice: «El aprovechamiento común de un bosque, de unos pastos, de un pantano ó de una montaña, en donde cada individuo no tenía cercada la parte que le era necesaria, fué, según todas las probabilidades, la causa primera de que se reunieran algunos grupos en nuestras comarcas.» El valor de este fundamento crece á medida que va progresando la división del trabajo, hasta que llega á ser el más importante para determinar el emplazamiento de un lugar habitable. Ya en los primitivos grados de la civilización reúnen numerosos pobladores en aquellos puntos en que se encuentran en gran cantidad las cosas que pueden serles útiles. Los indios de una gran parte de la América del Norte van en peregrinación á las canteras de piedra arcillosa, otros se reúnen anualmente, en la época de la cosecha, en los pantanos de los mares del Noroeste, y los australianos del territorio de Barku, que tan diseminados viven, acuden de todos lados para celebrar una fiesta de la cosecha en las cercanías de las marsiliáceas graníferas que allí tanto abundan. Esto no son más que reuniones pasajeras; pero dado con ellas el primer paso desde la vida errante á la sedentaria, pronto aquellos sitios predilectos fueron definitivamente elegidos, y cuando á consecuencia de la existencia sedentaria la población fué en aumento y comenzó á aplicarse la ley económica de la división del trabajo, formáronse en ellos mayores residencias, hasta que aquellos lugares, dotados por la naturaleza de alguna riqueza especial, llegaron al grado más alto de cultura, contando poblaciones de 10,000 habitantes por milla cuadrada, como las que encontramos en las fértiles y bajas llanuras del Nilo y del Ganges, en las cuencas carboníferas y ferruginosas del Norte de Europa, y en los campos de oro de Australia ó de California.

Pero estos estímulos crearon desde el primer momento poblaciones densas sobre un espacio más ó menos extenso: en cambio, las agrupaciones aisladas sólo se encuentran en determinados puntos solicitados ó indicados, en primer lugar por el comercio, que hace de ellos los centros, los puntos de intersección ó los puntos de desvío de

su corriente. El deseo del cambio creó la necesidad de la mayor aproximación posible: el tráfico fué el origen de las ciudades; de aquí la gran variedad en las condiciones naturales de las residencias del hombre, pues donde quiera que la naturaleza facilitara ó robusteciera en alto grado el tráfico, allí nacieron grandes agrupaciones humanas, constituyendo ora ciudades universales como Londres, ora simples mercados como Nyangwe.

En cierto modo concebimos instintivamente que existe cierta conexión entre las ciudades y un grado superior de cultura, y no nos falta razón para ello, ya que en las ciudades es en donde se manifiesta el florecimiento supremo de nuestra civilización. Pero el hecho de que pueblos menos cultos, como los chinos, hayan adquirido gran desarrollo en punto á ciudades, demuestra que media una independencia entre cierta cultura material y la verdadera cultura intelectual, y nos enseña cuán esencialmente pueden las ciudades ayudar al comercio, mucho más dependiente de la civilización, del cual derivan en su mayor parte. Aun cuando las ciudades son un producto orgánico de la vida de los pueblos, no siempre están ajustadas á las fuerzas del pueblo á que pertenecen: hay, en efecto, ciudades comerciales internacionales, como por ejemplo Singapur, ó, en más reducidas proporciones, las playas de los árabes y de los suahelis en la costa de Madagascar; y además, ciudades coloniales muy parecidas á las anteriores, como Batavia, Zanzibar y Mombas. El tráfico es tan poderoso, que en medio de una población extranjera crea la organización que le es necesaria; por esto, pueblos enteros que han llegado á ser sus órganos, llevan impreso en la frente el sello del ciudadanismo.

Puede afirmarse que existen pueblos que, independientemente del grado de cultura en que se encuentran, tienen, en distintas proporciones, inclinación á vivir en ciudades. Los fenicios y los israelitas parecen haber sido aficionados á las ciudades, y los chinos lo son todavía. Los pueblos de esta índole no sólo viven á gusto en las ciudades, sino que procuran dar el carácter de tales á las poblaciones que no lo tienen. Los pueblos del desierto son en alto grado pueblos de ciudades, pues la naturaleza de sus residencias les obliga á aguparse alrededor de los manantiales y al mismo tiempo á unirse para defenderse, y les impulsa á construir viviendas tan permanentes como lo permiten la madera y las ramas que para ellas emplean. La distancia que separa entre sí á los oasis, hace de la agrupación de viviendas centros de tráfico, á donde convergen las mallas de la extensa red que forman los caminos del desierto. También se sienten obligados á vivir en ciudades, prescindiendo del punto de vista mercantil, los primeros conquistadores de un país habitado, puesto que sólo agrupándose en residencias bien fortificadas pueden considerarse seguros en sus nuevos dominios. Más tarde, estas ciudades hijas de la necesidad hubieron de cambiar de emplazamiento, siguiendo las exigencias del tráfico: de ello nos ofrece buenos ejemplos la historia de Siberia, la mayor parte de cuyas ciudades, especialmente las de los territorios del Oeste, han tenido que cambiar dos y aun tres veces de sitio en el transcurso de dos siglos de existencia. Las fundaciones prematuras de ciudades constituyen un monumento de las colonizaciones jóvenes, y por esto encontramos tantas ruinas de ciudades en el Norte y Centro de América. En los territorios coloniales chinos vense también numerosas ruinas de ciudades en la frontera que separa á los nómadas de los chinos, como por ejemplo en el alto Hoangho. Este fenómeno se reproduce en todos los puntos en que están en contacto la semi-cultura y la semi-barbarie.

FAMILIA Y SOCIEDAD

Rebaños y familia. - La familia como unidad social, política y económica. - Matrimonio. - Poligamia. - Condición de la mujer. - Ginecocracia. - Derecho de maternidad. - Exogamia. - Rapto de mujeres. - Padres é hijos. - Moralidad. - La sociedad. - Las desigualdades sociales. - La esclavitud. - Razas siervas. - Diferencia de posesión. - Magnitud de la diferencia en los países tropicales. - Propiedad inmueble. - Ejemplos de la diferencia en la idea de propiedad. - Poder civilizador de la propiedad. - Pobreza de los pueblos naturales. - Trabajo de los pueblos naturales.

Casi con seguridad puede afirmarse que el hombre, aun en los primeros estadios de su desenvolvimiento, nunca vivió completamente aislado. El *animal social* de Linneo podría ser justificado históricamente, pues parece tener su fundamento en la misma naturaleza, ya que la vida de rebaño se presenta con frecuencia entre los más elevados mamíferos que viven en contacto con el hombre. Todo paso hacia un desenvolvimiento superior está íntimamente ligado con la sociabilidad. Sin embargo, el origen de los grandes miembros de la sociedad humana se nos presentaría oscuro si, retrocediendo en las series evolutivas, no encontrásemos la familia, de la cual parece derivar el desarrollo de toda la vida social y pública que hoy conocemos. Si antes que la familia existió alguna otra agrupación, sólo pudo ésta ser un rebaño, nunca un Estado: del primero puede nacer algo parecido á este último, pero el resultado no prosperará, pues el rebaño se disuelve por sí mismo. La estabilidad que necesita toda forma política de aptitud evolutiva, la encontramos por vez primera en la familia, y toda cultura superior descansa en la seguridad de las relaciones económicas, que marcha en completa armonía con aquélla.

La base de la familia es el acuerdo tácito ó formulado por medio de contrato entre el hombre y la mujer para fundar un estado doméstico común, y criar dentro del mismo á sus hijos. En estas amplias bases encontramos el fundamento del matrimonio en todos los pueblos. Se ha afirmado alguna vez que no existía este acuerdo, es decir, el matrimonio, en algunos pueblos, como los bosquimanos, los lubus de Sumatra y los utes de Borneo; pero este error ha sido evidenciado por la experiencia. Aun cuando la poligamia se halle extraordinariamente extendida y haya llegado hasta la adopción de millares de mujeres, por regla general la fundación de la familia ha comenzado por la admisión de una mujer en la casa del hombre, y esta mujer es generalmente la primera en categoría, y sus hijos tienen el derecho de primogenitura. La existencia de una especie de precio que el fundador de una familia entrega al suegro, hace que el matrimonio tenga en casi todos los pueblos naturales el carácter de compra, que, sin embargo, no excluye las huellas del rapto de la mujer. La compra de la mujer tiene con frecuencia lugar, cuando ésta está todavía en la infancia y hasta cuando aun se encuentra en el seno materno. A menudo se ofrecen casos en que se atiende á la inclinación de la muchacha, pero la regla general es la libre y absoluta disposición de los padres. El hombre libre suele expresar su deseo haciendo á los padres de la elegida un regalo, cuya aceptación ó no por parte de los mismos decide de la petición. Muchas veces hay personas intermediarias, que sirven, por decirlo así, de reclutadoras. Los matrimonios á prueba son también una institución común: cuando dan un buen resultado, después de entregados los presentes á la novia, se construye la choza y se forma el hogar doméstico, hecho lo cual se da á los padres de la muchacha la dote (*morgengabe*, don de la mañana). Después de esto se verifica la ceremonia del casamiento por el sacerdote, ó por los padres, ó por la abuela de los novios, ó, caso de que estos parientes falten, por los más ancianos de los

que vivan. La ceremonia encierra manifestaciones simbólicas de la pérdida de la libertad de la mujer, del abandono de la casa de los padres, de la prole que se espera, etc.; pero en su parte principal se compone de actos de regocijo. El elemento religioso se halla por lo general excluido en tales matrimonios. Aun cuando el parentesco de sangre sea en la mayoría de los pueblos impedimento para el matrimonio, en algunos, como por ejemplo los cafres, el hijo heredero toma la mujer de su padre. Tan fácil como el acto de contraer estos matrimonios suele ser la disolución de los mismos, cuyo principal obstáculo consiste generalmente en la dificultad de recobrar el precio de la compra. Cuanto mayores sean las proporciones que adquiera la poligamia, menos estrecho es naturalmente el vínculo matrimonial. No sin razón se ha dicho de los polinesios, que á la gran flojedad de los lazos de familia se deben en gran parte las emigraciones de esos pueblos. A muchos podría aplicárseles lo que dice Cook del padre de un niño neo-zelandés que quería abandonar á éste sin esperanzas de volverle á ver: «Con más sentimiento se hubiera separado de su perro.» El comercio de esclavos pudo también haber sido consecuencia de esta facilidad con que pueden disolverse los lazos que unen al hombre con la mujer y á los padres con los hijos.

La mujer estuvo, en la sociedad primitiva, sujeta á una condición casi tan llena de contradicciones como la que ocupa entre los pueblos más civilizados; sólo que en aquélla las injusticias ó los rigores que son consecuencia de su debilidad natural, se presentan menos veladas que en éstos. La poligamia no explica por completo la condición de inferioridad en que se encuentra la mujer en casi todos los pueblos naturales, pues que ésta no es consecuencia necesaria de aquélla. Aun en los pueblos en que existe la monogamia, como sucede, aunque no sin excepciones, entre los negros, malayos, indios é hiperbóreos, hay la costumbre de que las mujeres vivan en determinadas habitaciones de las casas, de que por regla general no coman en el mismo plato que el hombre, de que en todos los actos de la vida vengan postergadas á éste y de que sólo parezcan destinadas al placer del varón. Una civilización más adelantada ha mejorado la situación de la mujer, suavizando los instintos rudos, las violencias y las injusticias del hombre. Pero al propio tiempo esta misma cultura, favoreciendo una división del trabajo que señala á la mujer las labores más fáciles, más limitadas y menos gloriosas, y que la excluye de la guerra, de la lucha y de la caza, ¿no ha puesto á la hembra en condiciones menos favorables de las que por naturaleza le correspondían? Si analizamos los grados de cultura en sentido inverso, es decir de mayor á menor, encontraremos que, en los inferiores, la mujer tiene muchas analogías con el hombre, así desde el punto de vista material como moral. ¿No podría ser que la cuestión de poder y de fuerza que aquí se tiene en cuenta, se entendiese, en otro tiempo, de una manera muy distinta? Existen algunos indicios de que, en los grados de cultura que nos ocupan, probablemente tuvo la mujer cierta preponderancia: recuérdense sino las influyentes sacerdotisas de los malayos, los ejércitos de mujeres que algunos países tuvieron, y la

frecuencia con que vemos los tronos ocupados por mujeres. En Dahomey, en donde los regimientos de mujeres son más fuertes y más hábiles en el manejo de las armas que los de hombres y deciden todas las cuestiones que se discuten según su voluntad, pueden, en cualquier momento, apoderarse de la soberanía, con la cual quedarían completamente indemnizadas de su larga esclavitud. La autoridad que, entre los aschantis, tiene la hermana del rey sobre los vasallos del sexo femenino, viene, en ciertos puntos, á constituir una situación independiente. Algunos déspotas, como actualmente el rey de Siam, han formado sus guardias de corps con mujeres, pues parecen tener más fe en la lealtad de las esclavas que en la de los esclavos.

La naturaleza ha dotado ciertamente á la mujer de elementos de debilidad que más bien aumentan que disminuyen con la civilización, pero en cambio es indiscutible que el hecho del parto y de la crianza de los niños, constituye un fondo de fortaleza que siempre aparecerá grande. No en todos los tiempos ha sucedido lo que hoy, en que los hijos siguen al padre y llevan por consiguiente el nombre de éste: cuando Herodoto encontró entre los licios la costumbre de que los hijos llevaran el nombre de la madre y de que los árboles genealógicos se rigieran por la línea femenina, creyó que ese pueblo era completamente distinto de todos los demás; mientras que ahora sabemos que este uso es propio de muchos pueblos, ora públicamente practicado, ora dejando huellas de su existencia. En la mayoría de los pueblos australianos, los hijos pertenecen á la estirpe de la madre, de suerte que muchas veces vemos al padre luchar contra el hijo en las contiendas de familia que allí estallan con tanta frecuencia. La herencia de la soberanía en la línea materna se ha conservado entre pueblos de todas las razas, en cuyo hecho se ha querido ver el resto de un tiempo en que se desconocía el matrimonio, cuando puede muy bien ser producto de una sutileza jurídica posterior, tan propia de los negros y de los indios que con tanta predilección se ocupan en las cuestiones de derecho. Si no es general el árbol genealógico paterno, tampoco lo es el privilegio del primogénito: cierto que éste se encuentra de una manera muy marcada en la mayoría de los pueblos, hasta el punto de que los padres ancianos obedecen á su hijo mayor, al paso que los demás hermanos de éste han de trabajar como esclavos en provecho suyo; pero hay también el hecho contrario, es decir, el privilegio del último nacido, que puede considerarse como una ventaja para la madre y para la casa, pues una y otra pueden obtener mayor provecho de la soberanía del más joven que será el que más tiempo permanecerá en su cabaña. La *patria potestas* existe en todos aquellos países en los cuales los lazos de familia no están muy aflojados, y reviste gran importancia por más que sólo esté regulado por el derecho del más fuerte. Los hijos se dejan vender tranquilamente en África por sus padres. Entre los negros, sin embargo, el amor á los hijos está muy desarrollado, y esos pueblos que, en apariencia, pertenecen á los tipos más inferiores, llevan una vida de familia, algunas veces tan robustecida por el poder del padre y el amor de los hijos, que varios de ellos, como por ejemplo los djures, hubieron de excitar la admiración de un observador tan difícil como Schweinfurth.

Dos costumbres notables enlazadas con el matrimonio, se han conservado en nuestros tiempos como ruinas de la barbarie, á saber, la exogamia y el rapto de las mujeres. Algunas tribus prohíben á los jóvenes que se casen con muchachas pertenecientes á las mismas, con lo cual les obligan á casarse con las de otras tribus. Esta notable costum-

bre llega á adoptar una forma tan firmemente jurídica que las tribus australianas tienen sus «tribus de mujeres» para ese objeto, de las cuales saca mujeres para casarse una tribu determinada. Esta costumbre se extiende hasta á los brahmanes indios, pues á éstos les está prohibido casarse con mujer que lleve el mismo nombre de su tribu; práctica que reviste el carácter de superstición entre los chinos, y llega á tal extremo que el idioma mismo de un pueblo puede distinguirse según la procedencia paterna ó materna. Según L. Adam, la lengua caribe es una lengua mixta que por parte del padre procede de Galibi y por parte de la madre, de Aranaki, consistiendo la bilingüedad en que los hombres y las mujeres usan formas y palabras determinadas sólo en los diálogos con personas de su mismo sexo, por más que en la esfera neutral sea preponderante la influencia aranáica de la madre.

El rapto de mujeres, como único medio de proporcionarse esposas y de fundar una familia, no se practica en la actualidad, por más que entre todos los guerreros de los pueblos salvajes las muchachas jóvenes son respetadas y conducidas, cual otras Andrómacas, como botín del vencedor á la choza de éste. Las leyendas del rapto de las sabinas ó del de las hijas de Schilo por las gentes de Benjamín, demuestran claramente que no ocurría lo mismo en otro tiempo. La costumbre subsistente todavía entre los árabes y los esclavos del Sud, en virtud de la cual la novia, al entrar en la casa del novio, finge ceder más bien á la imposición que á su propio impulso, ó aquella otra en que en la ceremonia de la boda se simula una lucha entre el cortejo del novio y el de la novia, que termina apoderándose de ésta los compañeros de aquél, son restos que indican la existencia, en otro tiempo, de un estado de cosas distinto.

El sentimiento del pudor existe, como hemos visto, en mayor ó menor grado, en todos los pueblos salvajes: esto no obstante, las opiniones sobre la moralidad de los sexos son muy diversas, siendo de notar que por regla general aparece más relajada en aquellos puntos en que es más frecuente el trato con las clases bajas de los pueblos civilizados. Las grandes diferencias que, desde este punto de vista, existen entre los pueblos — en unos se considera el trato sexual, dentro de la mezcla más abigarrada, como un derecho de los célibes, se tiene por honroso que una muchacha tenga muchos amantes y muchos hijos, y se cede al huésped ó á un comprador cualquiera la mujer propia; mientras que otros dan muerte á la soltera que tiene un hijo ilegítimo — estas grandes diferencias, decimos, son tan difíciles de explicar como las que subsisten entre nosotros respecto de la educación moral de los hijos en distintas familias. Lo único cierto y positivo es que entre los pueblos de estos grados inferiores, las ideas morales ejercen escasa influencia y que la moralidad aparece en ellos menos como cumplimiento de una exigencia del sentimiento moral y jurídico, que como una manera de evitar las violaciones del derecho privado que el padre tiene sobre sus hijos ó el marido sobre su mujer. El adulterio es generalmente considerado como un ataque al derecho que el hombre ha adquirido comprando á la mujer. De manera que el hombre que prostituye á su esposa, no comete un acto contrario á la moral. La prostitución establecida como industria tomó, en tal estado de cosas, el carácter de medio para evitar la relajación de los lazos de familia y organizada en la forma en que la tienen, por ejemplo, los nyamnyam, puede ser considerada como signo de un superior desenvolvimiento social.

La sociedad no depende exclusivamente, pero sí en alto

grado, de la familia. Si en otro tiempo vivieron los hombres formando rebaños, éstos habían de tener sus jefes vigorosos, con lo cual ya se inició una organización social que hubo de correr paralelamente con la familia, por lo mismo que se fundaba en el derecho del más fuerte (propietario, sabio). Las llamadas uniones desiguales demuestran que el principio de la familia no traspasa sin dificultades, aun en los pueblos más civilizados, estas barreras de la organización social. La diferencia fundada en el derecho del más fuerte tiene marcada tendencia á ensancharse y á robustecerse. El más fuerte dominará al más débil, y viviendo del sudor de éste, aumentarán cada día el vigor del primero y la debilidad del último. De esta suerte se forman diferentes clases, gracias á las cuales se ensancha cada vez más el abismo que las separa. Y aun cuando este procedimiento tropiece con el obstáculo de la igualdad de origen de todos los individuos de una misma tribu, la incautación de los prisioneros de guerra por esta tribu hace que subsistan las desigualdades. El hecho de convertir en esclavos á los prisioneros de guerra, cuando no se les da muerte, lo cual depende únicamente del grado de utilidad que pueden reportar, es una costumbre universal que sólo ha sido abandonada por las naciones más civilizadas. Los pueblos pastores, que viven de sus rebaños poco numerosos y que no tienen trabajo ni alimentos bastantes para sus esclavos, matan á los prisioneros de guerra, como acontece, por ejemplo, entre los masais del África oriental. Los vecinos de éstos, los wakambas, que se dedican á la agricultura y al comercio y que, por ende, pueden sacar provecho de los esclavos, no los matan. Los wanjamwesi, otros vecinos de aquéllos, encuentran, gracias á sus frecuentes comunicaciones con los árabes de la costa, buena salida para sus esclavos, y de aquí que sólo sostengan guerras para proporcionárselos y venderlos en su mayor parte á aquellos pueblos costaneros. Siendo la esclavitud una institución generalmente reconocida en todos los pueblos de escasa cultura, el poco desarrollo de la vida económica de los mismos exige una explotación de sus fuerzas, no tan grande, de mucho, como la que encontramos allí donde el esclavo es sólo una reuedita de un poderoso mecanismo de trabajo. La nivelación hacia abajo, que es el rasgo que caracteriza á la sociedad primitiva, en nada aparece tan marcada como en la condición relativamente libre de que disfrutan los esclavos. Y aun es más distinta la situación preeminente que el favor de algún príncipe, confiado en su ciega obediencia, les asegura á veces en su palacio y hasta en su Estado: recuérdese sino el poder de los eunuocos y el hecho de que en los Estados mahometanos del Sudán los principales empleos palaciegos y públicos están en manos de esclavos.

Gran semejanza con los esclavos tienen aquellas partes de la población que, consideradas inferiores y como á tales tenidas, están sometidas, como capas más bajas, al pueblo dominante. Casi todos los pueblos de África que han alcanzado cierto desarrollo superior (especialmente los somalés y los gallas) contienen en su seno esas capas. Y como no siempre hay diferencias étnicas que justifiquen esa desigualdad, la diferencia social aparece más fuerte y es, á menudo, causa de subdivisiones entre esas mismas clases bajas. Los parias de la Arabia meridional no se diferencian de los árabes, según Maltzán, por más que algunos los hayan descrito como esclavos negros, como abisinios, etc.; entre ellos se distinguen en unas partes cuatro y en otras dos clases, de las cuales la primera la constituyen los parias de nacimiento y la segunda los que por su profesión innoble se ven reducidos á tan bajo estado. A esta clase pertenecen las profe-

siones más opuestas, siendo naturalmente la más frecuente la de verdugo; pero también entran en el número las de cazador, herrero, faquín, zapatero y otras. Una forma especial de esta desigualdad es la sumisión de todo un pueblo á una horda conquistadora y rapaz, revistiendo esa relación un carácter más marcado en aquellas regiones del Sahara en las cuales los árabes y los tibbus consideran como propiedad suya ciertos oasis junto con todos sus habitantes, presentándose en ellas, en la época de la cosecha, para percibir sus tributos, es decir, para entregarse al robo y al saqueo, y dejando en lo restante del año á sus súbditos sumidos en la miseria y obligados á plantar en provecho suyo.

La causa más frecuente de la esclavitud es el apoderamiento de los prisioneros de guerra, pero más tarde se nos aparece con no menor fuerza la servidumbre económica en tiempo de paz, pues en todos los pueblos, sea cual fuere el grado de cultura en que se encuentren, la pérdida de la libertad es el mayor sacrificio que puede exigir el acreedor á su deudor, el ofendido á su ofensor. En este punto, constituyen una excepción extraña los eweos, que condenan á muerte á los deudores insolventes. Entre la esclavitud por deudas y la libertad del señor hay la dependencia de todos aquellos á quienes la miseria convierte realmente en esclavos ó poco menos, por más que aparentemente conserven su libertad. Á éstos no puede aplicarse el principio de que la supresión definitiva de la esclavitud se deba, en tesis general, á la creación de un valor movable por medio del trabajo, es decir, á la formación de capital, y de que éste sea, en tal sentido, hermano de la libertad.

La diferencia de propiedad tiene su fundamento en las más profundas diferencias sociales: aquélla no puede haber existido desde un principio, sino que ha debido ser un desenvolvimiento posterior, debido al hecho de nacer mayor número de seres del que podía contener el espacio de tierra habitado por su pueblo. Cuanto más rápidamente creció esta desproporción, mayor fué el abismo que separaba á los que poseían de los que no poseían, á los ricos de los pobres. En los países cálidos, en donde el hombre necesita menos alimento, y en donde, sin embargo, la producción es más fácil que en los fríos, la población aumenta más rápidamente, en especial aquella clase que no trabaja demasiado, sino que hace precisamente lo necesario para vivir en aquella indolencia que, por otra parte, trae consigo el clima. Los hombres son muchos, el trabajo es poco, de aquí que los jornales sean mezquinos, la vida miserable y la miseria extraordinaria. En las zonas frías, el hombre necesita una alimentación más nutritiva, el país no produce tanto como en las cálidas y por ende no alimenta á tantos seres humanos: por esto el individuo ha de trabajar más y el salario es más crecido. El paralelismo entre los mayores esfuerzos del trabajo y la recompensa de éste sirve para atenuar la diferencia entre los trabajadores y los propietarios, al paso que la indolencia de los habitantes de los trópicos la aumenta extraordinariamente en donde quiera que se inicie.

Si nos remontamos al origen de la propiedad, encontramos que el fundamento primordial de todo patrimonio, la propiedad territorial, descansa originariamente en el derecho del más fuerte ó del primer ocupante. Justus Möser dice, hablando de los antiguos alemanes: «En un principio parece que cada individuo se apropió de todo aquello que creyó necesario y pudo adquirir allí donde un torrente, un bosque ó un campo le parecían convenientes. Tal es, ordinariamente, la primera disposición que ofrece la naturaleza.» Este hecho lo vemos reproducido en la historia de la colonización de América, del Norte de Asia y de Australia: algunas colonizaciones se apoderan de reinos enteros, y las

que constan de pocos individuos, como las de la bahía de Hudson, ocupan simplemente algunas porciones de terreno. Pero con el tiempo subdividiese esta propiedad, á la que ningún medio coercitivo da seguridad ni permite prosperar, dejándose sentir y prevaleciendo en aquellas relaciones primitivas la verdadera naturaleza humana, con su ilimitada tendencia á la propiedad. Los mismos australianos y los esquimales, tan atrasados desde el punto de vista social y político, y á quienes corresponden doscientas millas cuadradas por individuo, se apoderan por tribus ó por familias de ciertos trozos de tierra y consideran como enemigo al que, sin su permiso, penetra en ellos ó los explota. El trazado de límites más ó menos dilatados depende de la cantidad de alimentos que un país ofrece y de la aptitud de los que lo habitan para utilizarse de ellos. Lo primero lo demuestran suficientemente los países fríos y húmedos, pobres en vegetación y por ende en animales, á consecuencia de lo cual sólo alimentan á un reducido número de individuos ó son completamente deshabitados, como muchas islas de las dos regiones polares y extensos territorios áridos y desiertos. Lo segundo lo vemos confirmado por la densidad desproporcionada de la población de los fértiles prados del Sud de Rusia ó del Norte de América, en donde únicamente el estado de la cultura, no la naturaleza, se opone al aumento de la población. Ya se comprenderá que una familia que se alimente de la caza necesita mayor espacio de territorio que otra que cultive la agricultura, como también que los pastores nómadas hayan de buscar más vastas llanuras que los ganaderos sedentarios. En todos los tiempos y países se han dejado sentir estos antagonismos, y al estudiar los pueblos de las estepas veremos aparecer ante nosotros grandes consecuencias históricas, especialmente las nacidas de la diferencia entre pastores nómadas y agricultores sedentarios; antagonismos subsistentes en la actualidad, en que han sido conscientemente fomentados y robustecidos, ejerciendo la misma influencia que tuvieron en la antigüedad más remota. Ciertamente ahora no producen ya sangrientas luchas, pero en cambio son más fructíferos en la producción de interminables choques de los cuales se desprende el destructor veneno de los odios inextinguibles.

No hay ningún pueblo comunista, pero la noción de propiedad no se encuentra desarrollada de una manera igual, en todas las tendencias, entre los pueblos naturales nómadas que como á tales viven muy sueltos. Estos suelen tener hacia sus rebaños una afición que raya en la avaricia, y en cambio no permanecen en sus propiedades más que el tiempo necesario para el pastoreo y con facilidad cambian de tierras. Muchos respetan la propiedad encerrada en un cofre, mientras que la no guardada así la consideran libre como el pájaro. Lo que choca desde luego al europeo, al encontrarse entre los pueblos pastores del África, y lo que, apenas entrado en aquellos territorios, le hace comprender claramente que no se encuentra oprimido por la cultura europea, es la esterilidad de los derechos de propiedad en determinados sentidos. Dice el misionero Büttner hablando del país de Damara: «Ciertamente que las pisadas del caminante y las carretas de bueyes han abierto una especie de camino al través de la espesura, especialmente en aquellos puntos en que, entre dos lugares importantes, se ha practicado como un camino vecinal; pero nadie se ha cuidado de conservarlo ni de utilizarlo más que durante el tiempo en que ha tenido que servirse de él, de suerte que no tiene más importancia que los vericuetos abiertos por las cebras ó los caminos hechos por los rinocerontes que en aquellos países conducían á las lagunas mucho antes de que el hombre apareciera en ellos. Si me atrevo á llegar, aun sin camino

practicado, allí donde la intención me lleva, nada me impide torcer á la derecha ó á la izquierda y abrirme una senda nueva. Si mis animales de tiro están cansados del viaje, podemos tendernos donde yo quiera: dejo que mis bueyes pasten donde quiera que me parezca haber encontrado hierba para ellos. Con la leña que más á mano se me viene, guiso mi comida, sin pedir permiso á nadie y sin que nadie crea que he atentado á sus derechos ó que he menoscabado su propiedad. Si me gusta el lugar donde he hecho alto, si encuentro allí algo que me captive, como un manantial abundante, ó un campo de pastos, ó una fértil huerta, puedo permanecer allí el tiempo que se me antoje y construirme una casa tan grande como me plazca. Sin embargo, si me establezco en un lugar determinado, debo consentir que otros encuentren también abundante el manantial y fértil el campo, y que conduzcan á él sus rebaños: y la costumbre de los hereros, para hacer á uno insoportable un sitio á pesar de todo el comunismo, consiste principalmente en que los nuevos huéspedes lleven tantos rebaños y establezcan tantos puestos de ganados en el lugar escogido por el mal mirado inmigrante, que éste, cansado de tanta molestia y viendo el terreno de hecho devastado, resuelva abandonarlo.» En contraposición á esto, encontramos entre los extensos pantanos del territorio del alto Nilo, habitado por una población numerosa, lagos y estanques que son respetados, de la misma manera que los campos y viñedos europeos, como valiosa propiedad, pues durante las inundaciones proporcionan peces y granos de lotos, que constituyen la alimentación casi exclusiva de los pueblos pescadores. Sabemos, también, que entre los pueblos cazadores se establece y determina el derecho sobre ciertos territorios de caza. Los indios cazadores de búfalos de las praderas norteamericanas se detienen ante ciertos límites trazados por la misma naturaleza. Los beshuanes pagan aún en la actualidad un tributo por sus productos de caza á los bosquimanos, porque según parece, éstos eran los antiguos dueños de aquellos territorios de caza. El caudillo de un distrito exige asimismo una parte determinada de los botines cinegéticos. Los mismos hereros, de cuya falta de desarrollo del sentimiento de la propiedad territorial hemos presentado algunos ejemplos, se guardan muy bien de ceder á un extranjero esa propiedad cinegética. El conocido cazador y comerciante, Anderson, habla conseguido de algunos caudillos que le cedieran por escrito los lugares y territorios más ricos é importantes del país de Damara; mas para los conocedores del país es indudable que el tal documento, en opinión de los indígenas y según aquellas costumbres, no podía tener otro valor que el de permitir á Anderson explotar la comarca junto con los demás hereros y de la misma manera que éstos lo hacían.

El trabajo que hace productiva á la tierra es el único origen de la propiedad sólida y duradera, la cual, á su vez, fortalece la vida de los pueblos con sus fructíferas arterias. Según que el trabajo escaibe bien la tierra ó que sólo toque á su superficie, los productos han de ser muy diferentes. Ya en otro lugar de nuestra introducción hemos indicado la importancia de la agricultura, como trabajo que penetra profundamente en la tierra: lo que detrás de ella viene, como la caza, la pesca y la vida pastoril nómada, no crea más que una propiedad efímera que no comprende ni cultiva el manantial de donde nace. En la agricultura, por el contrario, encontramos firmeza y profundización, las cuales contribuyen poderosamente á que adquieran cierta consistencia otras ramas de la actividad humana. En este trabajo constante y en la recolección de los frutos del mismo descansa todo superior desarrollo de las fuerzas de la hu-

manidad. Precisamente en las esferas inferiores de la cultura la acumulación de la riqueza es asunto de capital importancia, pues sin riqueza no hay descanso y sin éste no son posibles ni el ennoblecimiento de las formas de la vida ni el progreso intelectual. El exceso notable y constante de la producción sobre el consumo engendra el exceso de propiedad, que, en virtud de las leyes económicas, aumenta á su vez y permite la formación de una clase inteligente. Un pueblo pobre no desarrolla ninguna cultura y los pueblos de cultura relativamente pobre están siempre por encima de los que no tienen ninguna y viven, por decirlo así, al día. Esta influencia la notamos al considerar que la civilización del Asia se encuentra siempre limitada á las ricas comarcas del país bajo, desde el Este de la China meridional hasta las fértiles vertientes del Asia menor, de Fenicia y de Palestina: al Norte del cinturón que forman estos países residen hordas nómadas siempre pobres, á las cuales no les faltan ciertas condiciones, puesto que apenas descienden á los territorios bajos se convierten en excelentes agricultores. El Egipto es un oasis de cultura, de la misma manera que es un oasis por su vegetación y por su clima, dos elementos que han concurrido á producir la primera. En Europa se ha realizado algo semejante, pero en ella vemos las favorables condiciones de suelo y de clima superadas por las excelentes disposiciones de los trabajadores, cuya energía garantiza á la cultura un progreso más seguro que la misma riqueza natural. La fuerza de la naturaleza es, por su misma índole y en medio de su grandiosidad, limitada y estacionaria, mientras que la fuerza intelectual del hombre es inagotable. El mejor terreno acaba por extenuarse, al paso que las generaciones extenuadas son sustituidas por otras generaciones vigorosas. Partiendo de esta base la agricultura ha adquirido en las zonas templadas mayor desarrollo que en las demás. Esta fuerza hubo, sin embargo, de desenvolverse por medio de un trabajo lento y constante, y el desenvolvimiento agrícola es, entre otras cosas, una educación progresiva hacia el trabajo. Nos referimos al verdadero trabajo económico, es decir, al trabajo cuyo objeto es la adquisición de bienes de la tierra, pues si en los pueblos más civilizados la cuestión de su trabajo, de sus adquisiciones, de su patrimonio, de su alimentación, de su

vestido y de su lujo, tiene extraordinaria importancia y su resolución ha de anteposeerse á las aptitudes intelectuales, ¡cuánto más trascendental no debe ser allí en donde las conquistas espirituales son todavía escasas y en donde la acumulación de la ciencia se forma lentamente mediante la tradición de una generación á otra!

Es indudable que todos los hombres han de trabajar para vivir, pero pueden vivir miserablemente, con tal de trabajar menos, y esto es precisamente lo que acontece entre los pueblos naturales, cuya existencia consiste las más de las veces simplemente en vivir al día. El hombre natural verifica, en conjunto, un trabajo no menor del que realiza el hombre civilizado, pero lo verifica sin regla fija y á saltos. La vida de los bosquimanos se distribuye entre la caza,—que muchas veces les obliga á seguir los rebaños días enteros en medio de grandes penalidades,—consumir lo cazado y vivir ociosos hasta que la necesidad les obliga á hacer nuevos esfuerzos. Lo que al hombre natural repugna es el trabajo regularizado; quiere poder ser perezoso cuando se le antoje y no trabajar más que en los casos de necesidad extrema. De aquí el signo de invencible apatía que en su fisonomía se retrata y que puede decirse que casi siempre le caracteriza. Siéndole imposible reconocer al marqués de Lorne, durante su viaje al Noroeste del Canadá, en medio de aquella mezcla indio-francesa-escocesa, al verdadero indio, recomendó uno de los que le acompañaban que se fijara en esa indeleble apatía que era el signo infalible que diferenciaba al verdadero indio del mestizo. Sean cuales fueren las evoluciones que estos pueblos sufran, en todas ellas le acompaña ese rasgo de la repugnancia hacia un trabajo constante y regular. Un amigo y conocedor del África occidental decía recientemente: «Nunca he encontrado al negro desafecto al trabajo cuando tiene en perspectiva la recompensa segura del mismo, pero carece de paciencia para esperar el resultado.» Por esto muestra también repugnancia á aprender un oficio. Esta repulsión da origen, en gran parte, á las aficiones mercantiles que demuestran dichos pueblos, lo cual vemos comprobado por el hecho de que una quinta parte de la población de Sierra Leona se compone de mercaderes y especialmente de tenderos.

EL ESTADO

Todos los pueblos viven unidos por los lazos del Estado. — Desenvolvimiento del Estado. — Los agricultores y los pastores, como formadores de Estados. — Signos distintivos de las primeras formaciones de Estados. — Causa primordial de la soberanía despótica. — Fuerza de los caudillos. — La guerra. — Causas de su frecuencia. — Funestas consecuencias del estado de guerra permanente. — Desconfianza general. — Escasez de alianzas. — Distintos grados de las mismas. — Guerras aparentes. — Las fronteras. — Falta de cohesión en los primitivos Estados.

Ninguno de los pueblos que conocemos carece de organización política, por más que unas veces sea tan poco fuerte como entre los bosquimanos, cuyos grupos pequeños y formados para la caza ó para la rapiña se encuentran, á temporadas, sin jefes, y que otras tribus diseminadas y de inferior cultura se mantengan sólo unidas por la superstición ó por la costumbre. Lo que los sociólogos llaman «individualismo» no se encuentra en parte alguna del mundo sino en forma de fenómenos aislados, siendo, por el contrario, notable observar cuán rápidamente sobre las ruinas de los pueblos antiguos se constituyen otros nuevos. Este es el curso que constantemente observamos. Lichtenstein se expresa perfectamente cuando dice: «Los pueblos nómadas cambian con sobrada frecuencia de residencia, de

estado moral y aun de nombre, para que sea posible distinguirlos unos de otros como verdaderas masas populares. Cada tribu aislada no es, en cierto modo, más que un fenómeno pasajero, y de aquí que se vea absorbida por otra más poderosa ó que, en los casos más felices, se divida en pequeñas hordas, de las cuales unas se dirijan á un punto y otras á otro, y que, transcurridas algunas generaciones, nada sepan éstas de aquéllas.» Pero aun en esto se observa marcadamente el principio de autoridad, demostrado con sólo tener en cuenta que estas modificaciones políticas llevan constantemente impreso el carácter de una circumscripción y no el de una descomposición informe. La organización que subsiste es, por regla general, de corta duración, pues cuanto más dura, más sólida se hace y por